

## El *Quijote* frente a la filosofía, la filosofía frente al *Quijote*

● MARÍA ANTONIA GONZÁLEZ VALERIO

Desde siempre la filosofía se ha confrontado al discurso literario y su enfrentamiento ha sido ambiguo; a veces se ha tratado de un encuentro, a veces de un desencuentro, otras veces se ha tratado de un esfuerzo conciliador, otras tantas de una apología y otras de una condena.

En todo caso, cada vez que la filosofía ha volteado hacia el discurso literario para interpelarlo se ha debido a una determinada búsqueda filosófica, pues la filosofía siempre está buscando algo y en algunos casos se busca incluso a sí misma.

Las exploraciones filosóficas son múltiples y plurales, por ello, es imposible anotar de manera cabal la búsqueda que ha definido y enmarcado el enfrentamiento de la filosofía con la literatura. Cada filosofía que ha pensado la literatura ha estado buscando ahí algo diferente. Por eso, cada enfrentamiento es único; unicidad que también abarca al texto literario singular, esto es, en cada texto literario que la filosofía ha pensado ha encontrado algo que aparece y se representa solamente ahí. La unicidad queda de ese modo marcada desde dos horizontes, el de la filosofía que se acerca al texto literario y el del texto literario que habla a la filosofía.

Pero ¿por qué la filosofía se ve inevitablemente compelida a pensar el texto literario? ¿Por qué la filosofía no puede pasársela sin medirse con el otro discurso, sin hallarse en el otro discurso, sin reflejarse allí? ¿Por qué esta incontenible, imprescindible, irrenunciable atracción-repulsión? ¿Qué se pone en juego entre filosofía y literatura? Preguntas lanzadas al aire que no esperan una respuesta definitiva y contundente, ni la esperan ni tampoco la anhelan porque entre filosofía y literatura hay un abismo de profundidad insondable que se resiste a ser transformado en un diáfano concepto que tenga el poder de explicar, con claridad y distinción, la tensa relación que hay entre filosofía y literatura.

Más de ese abismo surgen momentos luminosos, destellos acaso, que dejan entrever notas difusas de lo que emerge en los encuentros de la filosofía con la literatura; encuentros que al ser pensados como diálogos revelan la transformación que acontece a los que se sumergen y se entregan al juego del diálogo. Tras este juego nada queda inalterado: la filosofía deviene otra, la literatura deviene también otra.

Uno de esos momentos luminosos que muestran el modo de darse la relación entre filosofía y literatura es la reflexión sobre el *Quijote*, texto en el que la filosofía se ha demorado incansablemente, y claro que, de esta inagotable demora, han surgido las más diversas interpretaciones.

De la amplia constelación de interpretaciones sobre el *Quijote* me detendré sólo en dos: la de Hegel<sup>1</sup> y la de María Zambrano.<sup>2</sup> Y si he escogido éstas ha sido no sólo con el fin de mostrar las divergencias y convergencias entre uno y otra, sino también de mostrar que el diálogo que la filosofía establece con la literatura refleja y revela la concepción que la filosofía tiene de sí misma, pues la filosofía encuentra uno de sus espejos en su discurso sobre la literatura.

Lo primero que hay que resaltar es la evidente disimilitud de las interpretaciones escogidas: una proviene del mundo germano, la otra del mundo español. Eso quiere decir que una se encuentra enclavada en el romanticismo alemán y la otra sigue el camino abierto por Ortega y la generación del 98 en el que la presencia del *Quijote* es constante. El *Quijote* es un motivo central de esta filosofía española, mientras que en la filosofía de Hegel quienes aparecen por todas partes son los románticos: de Goethe a Schlegel, de Jean Paul a Novalis; lo cual se traduce en que, en la *Estética* de Hegel, el *Quijote* ocupa un pequeño lugar dentro de su monumental reflexión en la que hace una revisión histórica de las artes que va desde el hinduismo hasta el romanticismo.

Hegel y Zambrano coinciden en un punto fundamental: el desarrollo histórico del arte es un momento clave en el desarrollo de la historia de la humanidad. Esto quiere decir que aquello que somos, aquello en

<sup>1</sup> Cf. Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Lecciones sobre la estética*. Trad. de Alfredo Brotóns. Madrid, Akal, 1989.

<sup>2</sup> Cf. María Zambrano, *España, sueño y verdad* y *La España de Galdós*. Barcelona, La Gaya Ciencia, 1982.

lo que históricamente hemos devenido depende en buena medida de lo que el arte es y ha sido, de sus transformaciones históricas, de sus épocas, de sus obras, etcétera. Tanto para Hegel como para Zambrano somos lo que hemos llegado a ser, es decir, somos el resultado de un proceso histórico en el que nos hemos ido conformando y configurando de manera paulatina. La humanidad aparece como algo que tiene que ser fraguado y ganado tras un arduo esfuerzo de enfrentamiento con la realidad. La existencia humana está, pues, caracterizada como una búsqueda, como un esfuerzo por hallar, por obtener un ser que no se nos da al nacer, sino que hemos de ir creándolo, inventándolo conforme somos y vamos siendo.

En ese sentido, la literatura representa para ambos una parte de la historia de la humanidad en su esfuerzo por configurarse y por darse un ser. La literatura es por ello una necesidad ontológica y una necesidad de la vida humana de expresarse y manifestarse. Con esto se establece una liga insoslayable entre ontología y literatura. Si la existencia queda caracterizada como una perpetua construcción que se da históricamente y si el modo de darse el ser es histórico, entonces el lugar que ocupe aquí la literatura no puede ser más que histórico, esto es, el enfoque sólo puede ser diacrónico. Esto se traduce en que la significatividad de la literatura será explicada a partir de sus transformaciones históricas, pues cada forma literaria se inscribe en un horizonte cultural y cronológico del que surge como necesidad vital: en cada época la existencia busca el modo de expresarse y de crearse y esos modos son singulares e históricos. En el caso de Zambrano esto se inscribe en su análisis sobre los géneros literarios, y en el de Hegel en el de las formas individuales del arte.

La diacronía que define el acercamiento de Hegel y de Zambrano a la literatura parece hacer suyo el desafío que lanza Hans-Robert Jauss<sup>3</sup> cuando señala que la literatura ha de ser comprendida históricamente pero sin ser diluida en su especificidad, esto es, dar cuenta de la literatura sin olvidar que se inscribe dentro de la historia de la humanidad y, al mismo tiempo, sin olvidar que se trata de arte. El enfoque ha de

<sup>3</sup> Cf. Hans Robert Jauss, "Literary History as a Challenge to Literary Theory", en *Toward an Aesthetic of Reception*. Minnesota, University of Minnesota Press, 1982.

ser histórico pero también estético, de lo contrario se diluye la frontera entre relato histórico y relato de ficción, pues si el arte hace ver un momento en el desarrollo de la historia, entonces ¿para qué el arte además de la historia? Se trata entonces de remarcar la especificidad de la obra de arte y la imposibilidad de subsumir el discurso literario en el discurso histórico. Luego, se trata de mostrar que aquello que dice la obra de arte, por más que esté inscrito en la historia, sólo puede ser dicho por ésta.

A partir de lo anterior queda claro que el estudio hegeliano y zambrano del *Quijote* consistirá en inscribir el texto en la historia de la literatura, en la historia de la humanidad, en la historia de la filosofía y al mismo tiempo explicarlo en su unicidad.

Ambos leen el *Quijote* hacia atrás, es decir, a partir de Grecia, como transformación del momento clásico representado por Grecia, por la tragedia y la épica, y hacia delante, es decir, desde el romanticismo en el caso de Hegel y desde la novela de Pérez Galdós en el caso de Zambrano. Ambos leen el *Quijote* desde el horizonte de la modernidad filosófica, desde el problema del sujeto, la conciencia y la razón. Abordan al *Quijote* desde el horizonte del Renacimiento, como momento histórico que abre otra visión del mundo; desde el hilo conductor de la desacralización, en un movimiento que va de lo divino a lo humano, como posteriormente lo hará N. Frye<sup>4</sup> con su tipología de las tramas. Finalmente, ambos se esfuerzan por interpretar la locura quijotesca desde el proyecto de construcción de la humana existencia. Pero ésta es una cosa harto distinta en Hegel y en Zambrano, por ende, sus consideraciones sobre el *Quijote* terminarán por diferir, aunque en más de un sentido es posible decir que en ambos el *quid* del *Quijote* es el problema de la modernidad.

Entre las *Lecciones sobre la estética* de Hegel, el *Quijote* está inscrito en el tercer momento del desarrollo de las artes: el romanticismo; el cual está antecedido por el simbolismo y el clasicismo. Inscribirlo en el último periodo significa acercarlo al fin del arte y por ende interpretar-

<sup>4</sup> Cf. Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*. Trad. de Edison Simons. Caracas, Monte Ávila, 1991.

lo desde la perspectiva de la ironía romántica. Este periodo del desarrollo del espíritu está también caracterizado por la falta de adecuación entre la forma y el contenido, esto es, que las formas de las artes singulares ya no son idóneas para manifestar o representar la idea. Hay aquí una insuficiencia que se presenta entre el deseo humano de construirse un ser en un determinado sentido y el modo en que esto puede ser expresado y representado en la obra de arte singular. Inadecuación esencial entre lo que buscamos ser y aquello en lo que nos expresamos. De esta inadecuación surgirá la novela cervantina como un momento de quiebre y al mismo tiempo de apertura del horizonte meramente humano.

Para Hegel y Zambrano, el *Quijote* pertenece a un momento de afirmación de lo humano y de separación de lo divino. Aparece, pues, en un horizonte humano, demasiado humano en el que lejos ha quedado la absoluta e irrestricta sumisión de todo a la fe religiosa y a la Iglesia, como sucedía paradigmáticamente en el Medievo. Lejos se encuentra también el tiempo del mito, aquel *in illo tempore*, los héroes trágicos, las hazañas legendarias, las estirpes gloriosas. En una cercana lejanía se encuentran los tres motivos básicos de la caballería, al decir de Hegel: el honor, el amor y la fidelidad, que en el *Quijote* aparecen retorcidos y llevados al absurdo.

¿Cómo se distorsionan tales motivos? Los tres motivos de la caballería representan la afirmación de la autonomía de la subjetividad, la libertad superior de la subjetividad aunque desvinculada de la realidad efectiva. Mas esta autonomía del sujeto, el sueño de su libertad, al estar desvinculada de la realidad efectiva, aparece como arbitraria, y en última instancia, como vacía. Lo único que se representa es la autonomía del sujeto. Sin embargo, para Hegel el sujeto ha de buscar conformarse y crearse en su enfrentamiento con la realidad, por ello, el modelo de la caballería ha de ser disuelto, y tal disolución ha de favorecer e impulsar la mundanización, es decir, la vinculación de la subjetividad que aparecía como desmesurada con los contenidos de la realidad efectiva.

Según Hegel, el *Quijote* representa la forma novelesca de disolver la caballería por un tratamiento cómico de la contingencia, lo que implica precisamente distorsionar hasta hacer risibles los motivos de la caballería, esto es, la comicidad del *Quijote* desestabiliza la subjetividad abstracta y formal. Don Quijote es así una clara muestra, aunque lle-

vada al absurdo, de la “superior libertad de la subjetividad” que decide todo según su libre arbitrio (*i.e.*, los contenidos del honor, el amor y la fidelidad) sin importarle que su subjetividad colisione con la realidad efectiva. Es, justo por ello, un sueño de libertad que dará lugar posteriormente al romanticismo, en el que el presente y la realidad efectiva aparecen como los contenidos del arte.

Zambrano interpreta el *Quijote* a la luz del mito, la épica y la tragedia, y ubica el texto como el surgimiento de un género nuevo: la novela. La novela, que se inaugura con el *Quijote*, es, al igual que en Hegel, afirmación de la individualidad y de la libertad humana que se separa de aquel mundo poblado de dioses, de semidioses, de héroes y se inserta en uno simplemente humano. La novela representa la emancipación de la conciencia de lo divino y esta conciencia emancipada tiene un solo sueño: el de la libertad, el de lograr un ser, y esto aparece como un deseo irrenunciable, un deseo que se fragua en la modernidad con el surgimiento de la conciencia moderna, con el surgimiento de la fría claridad de la conciencia cartesiana.

Una vez surgida, la conciencia anuncia su gran pasión: la libertad. La pasión de la libertad es el ensueño de don Quijote, que es también su delirio y su ambigüedad. Y esta ambigüedad surge de la colisión del mundo con el ansia de libertad, de la oposición del delirio quijotesco con la claridad de la conciencia cartesiana, del choque entre lo moderno y lo antimoderno, entre la desacralización y la resacralización. Para Zambrano, el *Quijote* es ambiguo, es emblemático, es auroral. El *Quijote* es lo moderno: es el delirio moderno.

La modernidad sueña con un mundo humano regido sólo por la humana razón, sueña con la fundación del mundo por el pensamiento, sueña con nosotros convertidos en una cosa que piensa. Eleva el pensamiento a alturas inusitadas, hace del pensar el sumo acto creador, y hace del mundo el espejo de ese acto creador, el espejo del pensamiento, el espejo de la conciencia. Entre más refleje lo real, al pensamiento más real será lo real y nosotros seremos cosas que piensan que al pensar crean lo real. Se trata de la determinación de lo real, de la determinación del ente y de la totalidad de lo ente por el pensamiento. ¿Y qué más da si se nos presenta una irreductible desvinculación entre realidad y pensamiento? ¿Y qué más da, si la vida y su transcurrir se da y se

mueve en esa desvinculación que al pensamiento moderno le parece y manifiesta como inesencial?

El sueño moderno es expulsar a los dioses para poblar nosotros el universo todo, nosotros de carne y hueso, nosotros aunque aparezcamos miserables y patéticos y delirantes y ridículos, nosotros con un anhelo: la libertad ilimitada generada, ganada por el pensamiento. Y es el pensamiento de don Quijote el que le sustenta el anhelo, el que le abre y le presenta el mundo en función de su anhelo; pensamiento despótico con el mundo, con los otros; consigo mismo pero al final pensamiento humano y sólo humano que desde sí mismo hace de este mundo su morada. Divinización, sacralización del pensamiento, autónomo y libre hasta el frenesí, hasta la locura.

El *Quijote* es un centro de visión que deja ver la esencia delirante, desmesurada, colmada de *hybris* de lo moderno. El *Quijote* muestra un camino recorrido por la conciencia enfrentada al exceso de su abismo y a su más nítida claridad. El *Quijote* abre y culmina la modernidad y nos enfrenta al ineludible peligro de la existencia: inventarse a sí misma desde el pensamiento que se convierte, que se transmuta una y otra vez en la vida sin poder, sin querer acaso evitarlo; se transmuta en la vida humana que anda siempre en busca de sí misma. Se busca con tanto ahínco como la filosofía se ha buscado a sí misma, y así como la vida de don Quijote se busca en la literatura, así también la filosofía se ha buscado en la literatura. Y así como la literatura se convierte en el espejo de la vida de don Quijote, así también se convierte en el de la filosofía.

Hegel y Zambrano se han enfrentado por igual al *Quijote*. Sus filosofías no han quedado inalteradas tras la confrontación. La filosofía hegeliana, de corte moderno y racionalista, ha ido al encuentro del *Quijote*, y la de Zambrano, fraguada con la crisis de la razón y la muerte de Dios, ha ido al encuentro de don Quijote; uno piensa el texto, la otra al personaje del texto. Para uno se trata de la transformación histórica de la vida humana pensada en su colectividad, de la representación de los momentos del desarrollo del espíritu que en la búsqueda de sí mismo ha de encontrarse al final, ha de colmarse de sí sin llegar a saciarse, ha de ser el pensamiento consumado que se consume a sí mismo: el saber que se sabe, la idea que se piensa. El *Quijote* es un momento en la su-

peración del espíritu, es un momento por ende superado, es una verdad revelada de un nosotros histórico ya acontecido. El *Quijote* le regresa a Hegel un momento de la *Aufhebung* y la confirma y la reafirma. El *Quijote* le regresa a Hegel su propio delirio moderno expresado en el saber absoluto, en la diáfana claridad del concepto.

Don Quijote le entrega a Zambrano un personaje que muestra el conflicto de la vida humana, insuperable, inevitable. Don Quijote es auroral para Zambrano porque, en tanto aurora, es el límite entre el día y la noche, entre la claridad de la conciencia y la oscuridad de la locura. Don Quijote, rebosante de valor —como Zaratustra en tanto personaje nietzscheano— se para en el filo, en el borde del desfiladero, siempre a punto de despeñarse, con la quimera volando por encima de su cabeza, y echa una mirada al abismo y le regresa a Zambrano el delirio de la existencia que jamás podrá absorber y disolver la presunta claridad de la conciencia.